

no había sido impedido por tantos obstáculos, se vió mas tarde, cuando España, con mayor audacia que otros países mas adelantados, se lanzó á una completa regeneración.

En Italia, el temor de los abusos, que sin embargo no eran tan inminentes, llegó hasta embarazar á la verdadera ciencia; esta nación y la España, que marchaban delante de las demas por su cultura, tuvieron que abandonar el campo de la razón y arrojar en el de la imaginación, con lo cual quedó incompleto y empobrecido el desarrollo, y nació la anarquía de una vida intelectual libre, al lado de una vida práctica esclavizada. Las ambiciones de las familias nobles hacen que en el papado figure mas el príncipe nacional que el sumo sacerdote, confundiendo este con el hombre de Estado en aquellos genios que devolvieron á la tierra su esplendor, con intrigas y con hábiles defensas en las situaciones escabrosas.

En la Escandinavia no germina la Reforma en la opinión popular sino á consecuencia de la órden y el ejemplo de los príncipes, por lo que no produce mudanzas importantes en el interior; pero coincidiendo con el principio de las dinastías y con la transformación de las instituciones políticas, viene á identificarse con el carácter nacional. La Noruega excluye toda religión excepto la dominante, no tolerando tampoco á los Judíos. La Suecia, que hasta entonces había permanecido casi ignorada, tomó, en virtud de los acontecimientos exteriores, una importancia momentánea, por efecto de las equalidades de Gustavo Adolfo, y pareció, como Venecia en tiempo de las Cruzadas y los Suizos en el de Carlos el Temerario, el instrumento elegido por la Providencia para poner término á tantas revoluciones: como si Dios quisiera mostrar que para las mayores mudanzas se vale de los pequeños con preferencia á los grandes.

En Polonia, la Reforma, llevada allí por extranjeros, se entrega á excesos desconocidos en su origen, y llega hasta negar la revelación, y añade un nuevo incentivo á las disensiones ya demasiado vivas, que preparan el desmembramiento del reino. La Hungría recobra desde el principio la paz, y la tolerancia se convierte en elemento de la constitución. En Bohemia, por el contrario, la discordia religiosa sirve de pretexto para robar á la nación privilegios tan ardientemente defendidos hasta entonces, tratándola como al maniático á quien es preciso atar para poder devolverle la tranquilidad. En Holanda, la Reforma pareció asociarse á los defensores de la nacionalidad; pero realmente fué estímulo, no causa de la emancipación; sirvió de velo á las enemistades que alimentaban hacia mucho tiempo los Comunes contra las grandes ciudades, los naturales contra los extranjeros. La Rusia no se resintió de ella. En Suiza, necesitando defensa y asociación, y estando los combatientes casi equilibrados por ambas partes, trataron de aco-

modo. Al mismo tiempo que se hacía grande ostentación de fuerzas, una política vergonzosa, usando de los puñales y de las perfidias, revelaba la debilidad real, oculta bajo la robustez aparente; y aquellos grandes potentados no consiguieron lo que los pequeños feudatarios, rechazar el islamismo.

Á los Otomanos habían dado fuerza el sistema feudal, la organización de los esclavos, los dogmas religiosos y el despotismo, necesario en todo imperio que no ha sido fundado por una raza dominante, por alianza ó por la fusión de diferentes pueblos, sino solo por un amo de esclavos. Les era, pues, indispensable la guerra; y cuando Selim se afeminó, y se olvidó la ley que disponía comenzar cada reinado con una brillante empresa, todo empezó á debilitarse: la corrupción penetró hasta entre los genizaros, que dirigieron contra el soberano su actividad ejercitada hasta entonces en el campo de batalla, y se volvieron cobardes hasta el punto de apartar la vista al disparar los cañones. Así, los Turcos, que á principio del siglo amenazaban á la Europa con una conquista sin piedad, con una preponderancia sin freno, sucumbieron, sin que se pudiese determinar qué gran golpe los había herido. Era la nueva sociedad que hacia imposible, á lo ménos de una manera duradera, la tiranía de un pueblo sobre otro; eran las diferentes naciones que se sentían emancipadas, y que para fortificar el vínculo de fraternidad con que se habían engrandecido, trabajaban cada una por su parte en su constitución interna y en el equilibrio exterior.

En efecto, los pequeños Estados fueron absorbidos por los grandes; las franquicias y privilegios de la edad média sucumbieron en todas partes, excepto en Dinamarca y en Polonia; pero aquella lo remedió en 1660, recurriendo al absolutismo, y esta concluyó por sucumbir en el desórden. En España, el poder soberano se dirigió enteramente contra los intereses de las provincias que rechazaban la unidad nacional: guerra que aun no se ha terminado, y en la que los dominadores se apoyaron en la Inquisición, para arrebatar á los ricos el dinero, á los grandes la autoridad, la vida á los disidentes y á todos la libertad del pensamiento. Esto, sin embargo, la preservó de los sacudimientos de la Reforma, cuya importancia no puede desconocerse, cuando se ve que ha determinado el cambio de la constitución en Alemania, en los Países Bajos, en Francia, en Inglaterra, en Escocia, en Livonia y en Prusia.

Los efectos de la Reforma fueron mas sensibles en Inglaterra que en otras partes, y despues de una lucha que se prolongó mas allá de la época que acabamos de describir, dió nacimiento á su constitución, tan admirada. Allí la Reforma se manifestó bajo dos aspectos; el episcopal y el puritano. Resultó de ella una guerra interior, en que el protestantismo que

triunfó con los príncipes de Orange, fué mas completo que en ningun otro país, y se estableció realmente como religión del Estado. No hubo, pues, allí paz religiosa; un partido oprimía á los demas, y sobre todo á los Católicos, que se veían precisados á permanecer constantemente en insurrección, legal ó ilegal. De este modo una tercera parte del país ha permanecido hasta ahora en clase de pueblo conquistado: de aquí temores y envidias en el partido dominante, trabas y desórdenes tanto en la constitución como en las conciencias. Al ver, sin embargo, que entre los Ingleses se han consolidado las mayores libertades civiles, introduciendo solo muy pocas modificaciones en la organización eclesiástica, se conoce la poca razón que ha habido en considerar como términos correspondientes el Catolicismo y la servidumbre, la Reforma y la libertad.

La Alemania, desde la emigración había seguido una marcha no interrumpida en la senda del progreso. Ahora, en medio de desastres deplorables y sin consuelo, cesó de encontrarse á la cabeza del mundo; los príncipes, en parte católicos y en parte reformados, fueron enemigos entre sí, incapaces de comprender nada, en lo exterior y en lo interior conducidos por intrigas ajenas. Una familia vence á toda la Confederación; otra se va arreglando con los restos de la túnica sacerdotal un manto que resplandecerá entre los mas temidos. Una insignie misión estaba reservada á la casa de Austria, la de reunir todas las fuerzas de la Cristiandad contra los Turcos, y conservar la paz entre todas las potencias cristianas, mas bien que pensar en engrandecerse con conquistas; y pareció permanecer fiel á ella desde Alberto II hasta Carlos V. Lanzóse entonces á su vez en la carrera de la ambición, y el título de emperador romano, único resto de una república cristiana, fué explotado por ella, cuando los demas príncipes tendían á aumentar sus dominios particulares llevados de un interés egoísta, y con un objeto de engrandecimiento y orgullo doméstico.

La misión de reprimir á los Turcos pertenece á las razas eslavas, que de esta manera aumentan la importancia que habían adquirido ya rechazando á los Tártaros, en lo cual consiste toda su historia. Un resto de las creaciones de la edad média cooperó á ello en otro punto; Venecia, que pudo sobrevivir á la liga de todos los nuevos potentados conjurados contra ella y á los descubrimientos que le arrancaban el cetro de los mares para darlo á la Inglaterra y á la Holanda, con una grandeza marítima, que era un hecho no visto antes en la historia de Europa.

Sola, aislada de las demas naciones, una nación perció; y la que al principio poseía la importancia suprema, concluyó por ser el juguete y la recompensa de los fuertes. La hermosura del país atrajo á Italia el fatal amor de los extranjeros, que enviaban desde lejos

sus bandas á aniquilar á Florencia ó Sena, á saquear á Roma ó á Mantua, á fusilar á los Napolitanos que pedían pan. Cuando se encontró en contacto con los extranjeros, temió mas la pérdida de su independencia que la de la libertad; mientras que cada Estado aspiraba á conservar el primero de estos bienes, no se hacia nada por toda la nación, y cada uno creía bastar solo para su propia defensa, y exceder á los extranjeros en fuerza, como les excedía en cultura. Italia fué ciertamente causa de todas sus desgracias, pero la insultan con harta facilidad como culpable los que quieren dispensarse de compadecerla como víctima. ¡Cuán grande no se mostró en el último momento! Toda la Europa se coliga contra Venecia, y sin embargo sobrevive, y encuentra al cinco por ciento las enormes sumas que necesita, al paso que la Francia no consigue dinero sino al cuarenta, y aun puede humillar á los Turcos en Lepanto. Las fuerzas de Francia, España y Alemania, aliadas ó enemigas entre sí, se disponen á sofocar una libertad que conocen les impedirá, mientras tenga vida, aspirar á la monarquía universal, y la Italia, como si ambicionase otras glorias, perdiendo las antiguas, canta, esculpe, pinta mas admirablemente que lo había hecho nunca.

Pero el sacrificio se consuma, y mientras los demas países adelantan, ella que les precedía se detiene. El papado se consolida, sus divisiones se perpetúan, su literatura se convierte en imitadora, le arrebatan sus colonias, y hasta las bellas artes, que forman su gloria, degeneran en una fastuosa miseria.

Las colonias americanas, la Reforma, las conquistas, el fraccionamiento de la Italia, las sucesiones, dan á la diplomacia una importancia no acostumbrada. Activa y vigilante pretende regularizar el mundo, aunque su misión se limite á aceptar los cambios cuando son inevitables y se han consumado, y reconoce á la Suiza, á la Prusia, á la Holanda y á los protestantes, porque no ha podido impedirles constituirse.

Se comprende tambien la importancia de la economía política; Sully la introduce en Francia; Isabel trata de seguir su ejemplo en Inglaterra; los Holandeses la ponen en práctica. El impuesto directo á que estos recurren, basta para sostenerlos en su larga guerra, y otros Estados buscan á su vez un origen de renta segura; buen medio, pues, sigue la progresión de las necesidades, marchando á la par con el lujo y la industria.

Continuaba el valor militar brillando en Italia, pero quizá solo entre los nobles, aprovechando únicamente, por esta razón, á los extranjeros que se la disputaban. Hemos visto grandes capitanes en Juan de las Bandas Negras, Próspero, Fabricio, Antonio Colonna, Juan Pablo Baglione, el Medeghino, Guido Rangoni; y luego á aquellos duques de Urbino y Parma, armados en favor de reyes extran-

jeros contra otras libertades; pero los inventores de la arquitectura militar, Martini, Lautieri, Cattaneo, Maggi, Sammicheli y Marchi contrajeron aun mayores méritos. La interminable guerra de Holanda, que obligaba continuamente á permanecer en la ofensiva y defensiva, produjo notables progresos en la táctica, que solo aguardaba ya las grandes aplicaciones de Turena y Montecécúli.

Al mismo tiempo la opinion creció á favor del incremento que tuvo el poder de la prensa, la cual abandonando las ociosas disensiones filosóficas y críticas para lanzarse al campo popular, allanó el camino á Lutero, y sirvió despues de tambor en la guerra de los Treinta Años. Pronto atizará la de la Fronda como para preluar la omnipotencia que manifestará, en nuestros dias, en las diferentes revoluciones. Su influencia se hizo sentir ya entónces en aquella tendencia universal á emanciparse de lo pasado, á comenzar una era nueva en las ideas, en la creencias, en las instituciones y en las costumbres; á precipitarse por todas partes y con disposiciones tan variadas en los caminos que acababan de abrirse á la inquieta curiosidad del entendimiento humano.

Sin embargo, en medio de tantos sacudimientos, que se creían un divorcio absoluto de lo pasado, se conoce continuamente la necesidad de apoyarse en el sufragio de otro, é invocar la autoridad de sus predecesores ó la de sus contemporáneos. La sátira, filosófica en el fondo, muestra formas pedantescas en Hutten, en Erasmo, en la Menipea; Copérnico se esfuerza en demostrar que su sistema es antiguo; Colon reúne todos los pasajes por los cuales parece inferirse que los clásicos habian adivinado sus descubrimientos; los protestantes anudan sus tradiciones con las de la primitiva Iglesia, por medio de los valdeses y sus derivaciones; Grocio constituye el nuevo derecho de gentes sobre los ejemplos de las naciones antiguas.

El pueblo es tambien llamado á juzgar, y se trata de convertirle con las razones ó de engañarle con las autoridades en que tiene fe; Carlos IX, los Enriques, los de la Liga, los Diez y Seis piden siempre el parecer ó la aprobacion de la Sorbona, de los concilios, del papa; Carlos V se esfuerza en demostrar que está inocente de la prision de Clemente VII; los Holandeses envian manifiestos de justificacion; todos se creen obligados á comparecer ante el tribunal público, de quien se rien descaradamente Fernando el Católico y el duque de Valentinois.

Bajo estas influencias surgieron grandes moralistas y jurisconsultos: L'Hôpital, contemporáneo de la matanza de San Bartolomé, Grocio y Mariana en la época de Filipe II; aquellos pensadores sensatos, que excitaban á renunciar á los excesos y seguir la senda del justo medio, y aquellos talentos vigorosos, que deducian con intrepidez austeras consecuencias

de un principio, ó querian apoyar en la razon nuevos fundamentos para el derecho, nuevos símbolos para las creencias.

Del mismo respeto á la opinion pública emanaba la proteccion que se concedia á los literatos y á los artistas. Adriano VI, que pasa por un Bárbaro, ruega á Pablo Jovio que hable bien de él, y este escritor accede á ello en su *Historia*, reservándose el maltratarle en su *Tratado de los peces*, cuando ya nada tiene que esperar ni temer. El infame Pedro Aretino es acariciado por los príncipes, colmado de regalos y apellidado el Divino. Maquiavelo, Erasmo, Belarmino y Grocio llegan á ser poderes, solo con la ayuda de su pluma; y el favor de que los artistas son objeto por parte de Francisco I y de Leon X, alucina no solo á los contemporáneos, sino tambien á la posteridad.

¿Cuánto han contribuido las letras al bienestar de los pueblos? ¿cuánto no las ha desnaturalizado la proteccion? Nos hemos esforzado en demostrarlo en todo el curso de este libro; y no habrá necesidad de repetir los mismos argumentos, si hemos acostumbrado al lector á distinguir la forma de la idea.

Ahora bien, los que quieren hacer retroceder el arte á su antiguo camino, no lo entienden sino bajo el aspecto de la forma; de otra manera exigirían que el artista estuviese penetrado de la idea pagana y creyera en ella, y se vistiese, obrase, pensase y sintiese como en tiempo del paganismo. Parece que los preceptistas aspiraban á llevar las consecuencias tan allá, cuando el fraile Savonarola trató valerosamente de oponer un dique á su irrupcion. Pero sucumbió, y la reforma artística no se verificó en Italia en nombre de la idea, como en Alemania, sino en nombre de la práctica y de la belleza plástica. Aunque el arte habia resucitado con el espiritualismo cristiano, se le vió protestar contra la edad média en nombre de la antigüedad; y si al principio trató de revestir su nuevo ideal con los prestigios de la belleza, últimamente olvidó la sustancia por la superficialidad, y el gusto reemplazó al entusiasmo. Una vez rota la grande unidad papal, habiendo perecido las sociedades masónicas, y con ellas sus secretos, la arquitectura volvió á á las prácticas mas fáciles del arte antiguo. El artista dejó de vivir entre el pueblo, le fué preciso buscar recompensas y proteccion en las córtes, y se hizo adulador; en fin, las artes perdieron su importancia histórica, porque cesó la oportunidad de las instituciones en medio de las cuales habian renacido. Entre los protestantes, el arte se redujo al aposento, al retrato y á las galerías.

La atencion se fijó mas bien en la prensa que en la arquitectura, ántes en el papel que en el mármol. Á principios del siglo se mostró mucha erudicion, una inteligencia impenetrable, pero una crítica miope. La Reforma dió nueva importancia á los estudios, y las lenguas antiguas fueron tan necesarias para los

intereses de la religion como para la certidumbre histórica. Envuelta en el torbellino de las cuestiones suscitadas entónces, pereció la bella literatura. La sospecha fué causa de que se sofocase la cultura intelectual en países donde habia hecho notables progresos, como en Italia; en otras partes se desechó todo lo que olía á edad média, medida que extinguió la originalidad; la antigüedad no se consideró ya en relacion con toda la historia del mundo, y en el griego y el latin se concentró la atencion de que fueron indignos los tiempos medios, que eran sin embargo la infancia y la juventud de las sociedades modernas. Amortiguada la imaginacion entre los pueblos clásicos que no hacian mas que imitar y compilar, se habia reanimado en tiempo de las Cruzadas y de los Comunes, y rejuvenecida por el Cristianismo, habia tomado en alas de la fe un intrépido vuelo. Entónces tuvo que ceder el campo á la razon, que repudiando las reminiscencias de los tiempos mas próximos y la hermosura de la vida, proclamó el pensamiento como fuerza de conservacion y destruccion, entregándose á controversia sin fin. Separada la filosofia de la fe, la falsa opinion, abrumada, pero sin que se formase una organizacion mejor para proclamar la verdadera, resultaron violentas reacciones, la tiranía del pensamiento, cuya emancipacion se habia proclamado, y la necesidad de nuevas revoluciones.

Y á la verdad, el que en tiempo de la Reforma vea aquel orgulloso vilipendio de todo

lo antiguo, el que juzgue preocupacion lo que se opone á las preocupaciones propias, aquel sentimiento de importancia personal, por el cual hasta los mas ignorantes quieren fiarse en su prudencia, aquella confianza en el progreso del mundo, aquel dirigirse á un objeto elevado sin medir el camino para llegar á él, encontrará puntos de comparacion no lejanos. La revolucion principada en el siglo XVI, y que en el XVII quedó suspendida algun tiempo por el orden y la admiracion que acompañaron á Luis XIV, tomó de nuevo aliento en el XVIII, aunque con pocas añadiduras: Montesquieu rehizo á Bodin, Mably siguió los pasos de Hotmau, Rousseau se inspiró con la lectura de Montaigne, Grocio no tuvo émulos. La Boetie habia proclamado ya la libertad, y Almain y Jurieu establecido la doctrina de la soberanía nacional; tampoco las cenas del baron de Holbach llevaron la duda mas allá del punto adonde la habia llevado Socino. Aquel siglo es, pues, el padre y precursor del nuestro; en él aparecieron y se discutieron todas las cuestiones, que hoy mismo trastornan la Europa; la lógica trajo inexorablemente las consecuencias, contra las cuales combaten en el dia la historia y el sentimiento: á las abstracciones se sacrificaron las personas: ¿quién sabe si al presente no amenaza tambien una guerra de los Treinta Años, y si como entónces, los furiosos morirán en la fatiga y la postracion, pero despues de haber contribuido al progreso de la libertad?